

Capítulo 241 - Descansa un poco

Vergil yacía en la cama, su cuerpo aún pesado por la loca batalla que había tenido lugar y la energía maldita que había sido curada, pero no completamente erradicada.

Sus músculos le dolían, su piel estaba agotada y su espíritu... bueno, su espíritu finalmente le permitía relajarse después de tanto tiempo luchando contra su propia fatiga.

Sus ojos estaban cerrados, pero su mente estaba clara... "Quiero matarlos a todos..." murmuró mentalmente, recordando vívidamente a ese bastardo de la Calavera.

Ni siquiera lo vi golpearme... No sé si fue cuando llegué, cuando luchaba o cuando huí... Algo más grande se estaba formando, algo que necesitaba entender, algo que aún no comprendía del todo. «Es muy fuerte».

Pero como no podía lidiar con esos problemas por ahora... se estaba tomando un pequeño descanso... Uno que... bueno... no fue el único que decidió tomar una siesta.

Las mujeres que lo rodeaban parecían como si nada de lo que acababa de suceder importara... La cama parecía demasiado pequeña para todas, pero era más que suficiente para acomodarlas.





Katharina estaba a su lado, envuelta en las sábanas, dejando escapar un pequeño suspiro mientras dormía profundamente. Su rostro parecía relajado, como el de un ángel ardiente y perezoso. Su cabello rojo carmesí estaba extendido sobre la almohada, sus hombros desnudos expuestos a la tenue luz de la luna que se filtraba por la ventana.

"Está agotada... después de escuchar que podría haber muerto... no pudo dormir hasta que la sostuve..." Vergil rió levemente.

Desafortunadamente... no era la única que se había preocupado demasiado... Ada estaba más a la izquierda, con poco espacio, pero encajaba con naturalidad entre Vergil y Roxanne. Normalmente, era más reservada y seria, pero... parecía más vulnerable que nunca. Ada estaba parcialmente cubierta, su cabello negro caía suavemente sobre la almohada, su respiración serena. La tensión que siempre la rodeaba parecía haberse desvanecido.

Roxanne estaba al otro lado de la cama, un poco más lejos, pero lo suficientemente cerca como para que Vergil pudiera alcanzarla. Su cuerpo estaba encogido de tal manera que parecía protegerla de cualquier amenaza, como si inconscientemente se aislara del resto del mundo. Su cabello dorado estaba extendido sobre la almohada, con mechones que le caían sobre el rostro, pero dormía profundamente, completamente ajena al caos que aún los rodeaba.

"Comió demasiados dulces... Me sorprende que pueda dormir tan tranquila así..." pensó, desviando la mirada hacia otra persona, alguien sorprendente de ver allí...

Raphaeline descansaba contra su pecho. Tenía los ojos cerrados, pero se movía con inquietud, como si las pesadillas aún la atormentaran. Siempre parecía estar en conflicto, como si se debatiera entre dos mundos. Su cabello negro estaba parcialmente recogido en una coleta despeinada, pero algunos





mechones sueltos enmarcaban su rostro. La expresión de Raphaeline era una mezcla de serenidad y dolor, como si intentara borrar las huellas de una guerra interna en curso.

"Ada me contó lo que dijo... pero aún así, es lindo verla luchar contra sus sentimientos... tan pequeña y adorable... Es una pena que le haya causado tanto dolor a Ada... Tendré que esperar un tiempo antes de darle una segunda oportunidad..." pensó Vergil mientras miraba al siguiente.

Stella estaba entre Ada y Raphaeline, envuelta en las sábanas con la cara vuelta hacia la pared, pero lo suficientemente cerca como para que Vergil sintiera su presencia. Su cabello plateado se extendía sobre la almohada, reflejando la suave luz de la luna que se filtraba por la ventana. Parecía estar profundamente dormida, pero había algo etéreo en ella, como si estuviera en sintonía con algo superior, algo distante. Un aura de calma y paz la rodeaba, como si fuera la única en esa cama que estuviera completamente en paz consigo misma.

«Aún no se ha recuperado del todo... Tendré que prestarle atención...», pensó Vergil. No se había imaginado que Stella estaría tan dolida después de obligarla a ver su pasado. Sabía que sería un shock, había imaginado muchas otras cosas, pero a pesar de eso... lo hizo. Sentía que debía hacerlo.

El peso de lo sucedido en los últimos días aún lo atormentaba. Las conversaciones, las amenazas, los enemigos... todo lo que había enfrentado para llegar a este punto...

Era difícil, incluso para alguien como Vergil, no perderse en los detalles. Pero intentó no darle demasiadas vueltas. Había preocupaciones más inmediatas en su mente: qué hacer a continuación, qué significaba todo aquello, esas batallas y el descubrimiento de su propia fragilidad.





Las mujeres a su lado eran más que simples compañeras; eran las únicas que estaban ahí para él ahora. Por eso estaba tan absorto en sus pensamientos en ese momento... Aunque aún no lo asimilaba del todo... podría haber muerto. Y si lo hubiera hecho... ¿quién las cuidaría? ¿Quién las amaría? ¿Quién las protegería? ¿Quién las ayudaría cuando lo necesitaran?

El solo hecho de pensar que estaban solos provocó un pequeño cambio en Vergil... "Estoy pensando demasiado..."

Se movió lentamente, todavía luchando debido a los dolores en su cuerpo, pero el movimiento no pasó desapercibido.

Ada murmuró algo en sueños, algo incomprensible, pero no despertó. Roxanne se movió ligeramente, probablemente percibiendo el cambio en la atmósfera, pero permaneció dormida. Katharina murmuró suavemente, casi como si estuviera soñando, pero sus ojos permanecieron cerrados. Raphaeline también permaneció inmóvil, su cuerpo relajándose aún más con la cercanía de Vergil.



Vergil miró al techo un momento, dejando vagar sus pensamientos. Podía oír el suave sonido de sus respiraciones, un ritmo constante que contrastaba con la tormenta en su mente.

El peso de sus acciones de los últimos días comenzaba a disolverse un poco, como si el simple hecho de que estuvieran allí, a salvo, fuera un recordatorio de que no todas las batallas tenían que terminar en muerte y destrucción.

Algunas cosas, aparentemente pequeñas, aún podían lograrse, y esa paz temporal era prueba de ello.

Cerró los ojos un momento, permitiéndose relajarse, aunque fuera un poco. Su cuerpo lo necesitaba.



Pasó la noche y Vergil logró descansar un poco, durmiendo por fin tras semejante momento de reflexión. Y entonces... llegó la mañana.

Abrió los ojos lentamente, parpadeando un par de veces mientras su vista se adaptaba a la suave luz que se filtraba por la ventana. La cama a su alrededor, que antes le había parecido demasiado pequeña para que cupieran todos, ahora se sentía inmensa y vacía. Las sábanas aún conservaban el calor de los cuerpos que habían estado allí, pero ahora solo él permanecía, tendido en el suave colchón.

Vergil respiró hondo, sintiendo el aire fresco de la mañana llenar sus pulmones. Su cuerpo aún pesaba, los dolores de la batalla persistían como cicatrices grabadas en su carne, pero era un peso soportable.

Dejó escapar un suspiro mientras se sentaba al borde de la cama, crujiendo el cuello para aliviar la tensión acumulada. Su cuerpo aún conservaba los restos de la pelea, pero lo que más le molestaba en ese momento era la sensación pegajosa de la energía maligna que había corroído parte de su piel. Se pasó una mano por el cuello, palpando la superficie áspera y los restos de impurezas que se habían solidificado allí.



"Apesto..." murmuró para sí mismo, frunciendo el ceño al darse cuenta de que aún quedaban rastros de esa energía maldita.

Con un bostezo perezoso, se levantó y cruzó la habitación, agarrando una toalla y echándosela al hombro antes de dirigirse a la puerta. Al bajar las escaleras, el aroma a café recién hecho y pan caliente llenó sus sentidos, brindándole un raro momento de consuelo.

Al llegar al piso inferior, se detuvo en el último escalón y contempló la escena que tenía delante.



Viviane estaba sentada a la mesa, con aspecto exhausto, pero aún conservaba su elegante postura mientras hojeaba un libro. A su alrededor, dos figuras se movían apresuradamente, prácticamente corriendo a servirle: Zex e Iridia, cuya expresión decidida demostraba que se tomaba en serio su nuevo trabajo... o quizás simplemente los usaba como sirvientes personales de Viviane.

Zex llevaba una bandeja llena de tostadas y fruta, mientras Iridia sostenía una tetera de plata y servía café caliente en la taza de Viviane. Parecían estar enfrascadas en una pequeña competencia para ver quién la atendía mejor, pero Viviane solo suspiró, claramente acostumbrada a la atención excesiva.

Vergil no pudo evitar sonreír. La escena era extrañamente pacífica, casi absurda considerando todo lo que había sucedido en los últimos días.

"Me alegra ver que ya te has acostumbrado a tratarlos como esclavos", comentó, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa burlona.



Viviane levantó la mirada y, al verlo, arqueó una ceja. «Y me alegra verte en pie, considerando el estado en el que estabas ayer».

Antes de que pudiera responder, Iridia se giró para mirarlo con expresión severa. "¡Maestro Vergil, necesita comer algo! ¡Se ve muy pálido!"

«De verdad que no quieren perder sus trabajos. Casi parecen personas distintas, fufufu», pensó, divertido por el lindo puchero de Iridia. Luego desvió la mirada hacia la otra mujer de pelo azul.

Zex asintió sin mirarlo directamente. "Estoy de acuerdo. Después de una batalla intensa, una recuperación adecuada es esencial."



"Es tan rígida, pero aún así linda", se rió entre dientes antes de responder finalmente.

—Tranquilo, comeré... Pero primero, necesito bañarme. —Se pasó la toalla por el cuello y se alejó—. El olor a sangre y energía maldita no combina bien con el desayuno.

—No hay prisa —dijo Viviane, llevándose la taza a los labios—. Sus esposas fueron al centro comercial temprano esta mañana, así que estamos solos.

"Entendido. Gracias, Viviane", dijo Vergil con una sonrisa antes de dirigirse al baño. En cuanto salió... Zex e Iridia volvieron a ser los mismos de siempre.

—Jefe —dijo Iridia mirando a Viviane.

"¿Eh?" Viviane levantó una ceja y miró a Iridia.

—Ve a bañar al Maestro. Es tu mejor oportunidad. ¡La jefa de sirvientas debe dar ejemplo! —declaró con actitud militar—. ¡Nos aseguraremos de que nada salga mal! ¡Demuestra tu feminidad! —dijo con seriedad.

—¡Exacto! ¡Vete ya! —añadió Zex.

"¿Eh?" Viviane los miró, sorprendida y avergonzada.

